

Mensajero del Archivo Histórico

Juan Agustín de Espinoza, SJ
de la



Vicerrectoría Académica

Torreón, México. 30-VIII-2005

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals

http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml

Ediciones anteriores del Mensajero:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López, sj. Rector
Mtro. Felipe Espinosa Torres, sj. Vicerrector Académico
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

Número **82**

ÍNDICE

	página
¿Ideología o academia?	2
El Mostrador. <i>Cantos de piedra</i>: cruce de tiempos, espacios y culturas	5
Libros del Archivo Histórico	10

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez
Comité editorial del “*Mensajero*”: Sra. Cristina Solórzano Garibay. Lic. Marco Antonio Morán Ramos. Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

Colaborador Honorario en Madrid: Brigada retirado José María Ruiz Ruiz.

¿IDEOLOGÍA O ACADEMIA?

Dr. Sergio Antonio Corona Páez ¹

A ciento ochenta y cuatro años del exitoso movimiento iturbidista para lograr la independencia de México, pareciera que este caudillo sigue en el limbo de la historia oficial.

En lo personal, ni soy ni me considero —en lo absoluto— un clerical, ni soy un rico empresario casado con las oligarquías. No soy un conservador, salvo si por este término entendemos la tendencia más que natural a conservar mi fuente de ingresos, mi trabajo como profesionista. Soy un simple historiador afecto a la verdad, sin apego a ideologías políticas ni intereses de grupo.

Al hablar desde este lugar —desde la neutralidad y la simple curiosidad histórica— me resulta incomprensible que uno de nuestros más grandes personajes, nada menos que el fundador del Estado Mexicano, sea tan vehementemente atacado por los liberales de viejo cuño y por sus descendientes ideológicos. ¿Es tan difícil aceptar que la Nación Mexicana surgió a la existencia como país independiente precisamente por motivos religiosos? ¿Necesariamente uno es clerical si acepta que nuestra nación fue liberada de la tutela española invocando razones que tenían que ver con la fe católica?

Quienes piensan que la independencia mexicana fue un asunto puramente mexicano, requieren dar un vistazo más atento a los testimonios de la época y a lo que nos han referido historiadores coetáneos.

En 1808, cuando España fue invadida por Bonaparte, surgió en la ciudad de México el movimiento emancipador del licenciado Francisco Primo de Verdad y Ramos, quien fue mártir de esta causa. La conspiración de Querétaro fue descubierta en 1810, año en que se lanzó la convocatoria a los diputados en las Cortes de Cádiz. Esta constitución, una vez terminada, entró en vigor en Nueva España el 30 de septiembre de 1812. Su contraparte novohispana, la Constitución de Apatzingán, fue sancionada el 22 de octubre de 1814. Para 1815, el movimiento de Morelos había terminado. En 1817,

¹ Doctor en Historia y Coordinador del Archivo Histórico *Juan Agustín de Espinoza*, sj de la UIA-Torreón.

Javier Mina, un soñador del más puro estilo romántico de Byron (de quien era coetáneo), peleaba por la independencia de un país que no era su patria. Había gran nobleza en ello, y merece eterna memoria. Pero la verdad es que en esta que podemos llamar primera etapa de las guerras de independencia en México, era el clero quien más apoyaba a la Corona contra cualquier insurgencia. De hecho, con el breve pontificado *Etsi longísimo* (1816), el papa Pío VII, autor del mismo, pedía al clero de la América española que hiciera entender a los fieles que la violencia de las guerras nacionales de independencia era contraria a los propósitos divinos. Sin embargo, el pontífice no solamente condenaba la violencia, sino que propuso a los americanos una sumisión completa a Fernando VII, lo cual implica que no solo condenaba lo destructivo de estas guerras nacionales, sino también la idea misma de la independencia de las colonias hispanoamericanas. Para él, estas ideas de libertad eran una mala semilla sembrada por el “hombre enemigo”, Napoleón. En ese contexto debe ubicarse el texto.²

Sin embargo, en 1820, con la revuelta y golpe de estado del coronel Rafael del Riego, el clero novohispano cambió de posición en cuanto el asunto de la independencia mexicana. Y esto porque los nuevos legisladores convocados a las cortes españolas por el liberalismo que dicho golpe de estado restauró, comenzaron a decretar medidas que llevarían, al mediano y largo plazo, a la desaparición misma del clero.

En Nueva España estas medidas fueron percibidas como afectadas por la locura antirreligiosa y anticlerical de la Revolución Francesa. El clero mexicano entendió con gran lucidez el peligro que corría si llegaban a entrar en vigencia en la Nueva España esas disposiciones. Y en estas condiciones, la independencia era la mejor manera de garantizar la existencia del clero y del ejercicio de la religión católica.

En consecuencia, Agustín de Iturbide, militar criollo, elaboró su Plan de Iguala, proclamado el 24 de febrero de 1821, fecha que aún celebramos de manera velada como “Día de la Bandera”. Y todo porque precisamente en ese día nacieron los colores nacionales como símbolo patrio: verde, blanco y rojo. Cada color representaba una garantía. El simple hecho de que se hablara de “garantías” nos da cuenta del ambiente de amenaza que se percibía en los acontecimientos de la madre patria. Solamente se garantiza aquello que corre peligro de perderse. Estas garantías eran, por orden, primera, el libre ejercicio de la religión católica (blanco); segunda, la independencia política como medio para asegurar la primera garantía (verde), y tercera, la unión de todos los

² Fondo del Colegio de San Ignacio de Loyola de Parras. Copia en el Archivo Histórico de la UIA-Laguna. Expediente 482.

mexicanos, es decir, igualdad ante la ley y respeto por sus bienes (rojo); este color hacía referencia a la igualdad de la sangre: negros, mulatos, criollos, españoles. Todos serían iguales ante la ley. Desde luego, el Plan de Iguala tuvo una gran recepción, e Iturbide fue aclamado como salvador de la patria “por la providencia de Dios”. El eterno no dejaría que México cayera en la locura francesa que abjuraba de Dios y adoraba a la razón. Ésta era la percepción que se tenía en aquella época.

Sabemos que Iturbide rubricó el acta de independencia del Imperio Mexicano, junto con el alto clero, el alto mando del ejército y la aristocracia mexicana. Esta independencia nada tenía que ver con Hidalgo, Morelos ni Guerrero. Simplemente las cúpulas del poder eclesiástico, militar y civil se organizaron para lograr “desde arriba” lo que no pudieron hacer otros, sobre todo porque las circunstancias habían cambiado. La independencia se hizo para que México “siguiera siendo el mismo”.

¿Hay algo de escandaloso en aceptar que así fueron las cosas? ¿Por qué no podemos todavía aceptar con tranquilidad estos hechos? Después de todo, la historia no se detuvo ahí. Surgieron movimientos liberales reformadores, tendientes a restringir el poder del clero y a separar su injerencia en los asuntos del Estado Mexicano.

Esta impotencia de los políticos mexicanos para reconocer los logros del “otro” ha hecho que la historia oficial que se ha venido enseñando sea un mero soporte ideológico para los grupos que detentan el poder. Por esta razón la historia se ha vuelto tan aburrida: buenos contra malos, héroes contra traidores, liberadores contra dictadores. Nuestra historia es un mero discurso de fechas y hechos militares o políticos. Ya no nos reconocemos en nuestro pasado. Hemos perdido la memoria y estamos condenados a vagar en un eterno presente sin echar raíces jamás... padecemos un alzheimer social.

EL MOSTRADOR



CANTOS DE PIEDRA:
CRUCE DE TIEMPOS, ESPACIOS Y
CULTURAS

JAIME MUÑOZ VARGAS

No recuerdo con exactitud la fecha, pero hace como un año recibí una llamada telefónica de Gilles Guey, director de la Alianza Francesa de Torreón, en la que me pormenorizó los rasgos generales de un libro en proceso cuyo título sería *Cantos de piedra*. La inquietud de Gilles era saber con cuáles poetas laguneros podría contar en caso de que el proyecto caminara. Le mandé entonces, por carta electrónica, una larga lista de escritores que podían entusiasmarse con la idea, y hasta allí supe del asunto. Varios meses después otra llamada de Gilles me convidaba a la presentación del estupendo resultado.

Me asaltan ahora muchos comentarios elogiosos que quisiera espigar, así sea a vuelatecla, en estos breves párrafos. Primero, es destacable el entusiasmo de Gilles al trabajar en este tipo de emprendimientos. Asombra ver con qué tesón ha recorrido el director de la Francesa torreonesa los caminos de la organización editorial, del trabajo que demanda toda publicación que aspire a ser digna de lectura crítica. Todo comenzó, según sabemos, por la visita de algunos artistas franceses a los petroglifos de San Rafael. Acompañados por Gilles, su ya cuasilagunero anfitrión, los invitados observaron con asombro esos vestigios de primitiva comunicación, signos escritos en la piedra,

mensajes que unas manos prehistóricas acuñaron en su borroso presente sin saber que el lejano porvenir ahora trata, sin éxito, de entenderlos y logra, con éxito, admirarlos.

Pero lo importante de aquella expresión elemental sobre la piedra no es el mensaje en sí mismo, sino el apetito de comunicar lo inefable, un apetito que, supongo, es el motor de la poesía. Hay en esos hermosos garabatos el empuje primigenio de la mente —de la mente y de la mano— por plasmar una idea en la epidermis de la roca. E insisto: ¿qué importancia tiene ignorar lo que significan esos petroglifos? Lo fundamental, también insisto, es que la “palabra”, el signo, pugna por escapar de su condición de aire y quedar registrada sobre una superficie sólida, el duro “papel” que la naturaleza proveyó a los más remotos habitantes de nuestra estepa.

Aquellos hombres, los que dejaban por ratos el arco y la flecha de la cacería para “escribir” sobre las piedras, eran acaso los poetas de la tribu, los únicos que tal vez intuían, apenas como un tenue palpito, que en esos trazos permanecía retenido un pensamiento, un oscuro latido, una sencilla y portentosa idea. Hoy vemos tales figuras y, a menos que seamos insensibles, no dejamos de pensar que la escritura es quizá la más sofisticada invención humana, el punto de inflexión entre la animalidad y el razonamiento.

Lo importante en este caso es, entonces, el producto que generó en los visitantes aquella atónita visión de los petroglifos: un libro, el primero que de esta índole se gesta en La Laguna. Se trata de *Cantos de piedra*, edición bilingüe franco-española, recinto a donde han sido convocados poetas y artistas plásticos de Francia y de México, todos unidos en el objetivo de celebrar, a propósito de aquellas inscripciones en la roca, el potencial de la palabra y de la imagen poéticas como vinculadoras de universos: el prehistórico y el nuestro, el gráfico y el verbal, el francés y el mexicano en tanto realidades, el francés y el español en tanto idiomas, o como lo señala Saúl Rosales en el pórtico, “el encuentro de dos tiempos, el ignoto de los petroglifos y el nuestro colmado de iconos; de dos lenguas, la francesa y la española y de dos instancias poéticas”.

En cuanto a su estructura, *Cantos de piedra* es una casa con variadas y muy gratas estancias. Describir su arquitectura no es abonar en tierra estéril, pues ha sido un volumen concebido con afanes de orfebrería editorial, de “libro-objeto”, como suelen ser llamadas las obras impresas con empeño preciosista. Primero, es un placer encontrar en La Laguna un libro con “camisa”, que como sabemos es, en el argot bibliográfico, una prenda elaborada en cartulina para protección de las tapas. En este caso, uno desearía que esa protección tuviera a la vez otra protección, dada la calidad de los

grabados impresos sobre la “camisa”, imágenes debidas al talento de Maruca Belden, Alonso de Alba y José Valdez Perezgasga. Luego de esa grata primera bienvenida, el libro nos ofrece tres textos de carácter introductorio: el firmado a dos manos por Séverine Grodzki (directora de la Casa de la Poesía Francesa de Nord/Pas -de-Calais) y Gilles Guey, además del de Marie-Claire Bancquart y el de Saúl Rosales ya citado. Sigue después el amplio territorio con los poemas y una zona apendicular con fichas biográficas de los escritores, los artistas plásticos y los traductores. Vale remarcar pues que el tránsito por este libro tiene una obertura física muy grata, por la “camisa”, y que sus interiores respetan esa condición gracias a la calidad de los poemas y al buen gusto del diseño editorial.

Abordar el contenido propiamente dicho de *Cantos de piedra* es una tarea que nos coloca inevitablemente frente al fenómeno de la traducción. Hay aquí, al menos, dos manifestaciones de ese quehacer: la primera es la que detonó el nacimiento de este libro, la traducción que hacen los poetas y los grabadores al transvasar en términos de palabras e imágenes contemporáneas lo insinuado por los signos de la roca; la segunda, aquella mediante la cual Mónica Mansour y Adrien Pellaumail emprendieron para que los poemas de uno y otro lados del Atlántico tuvieran su respectivo espejo en el idioma hermano (hermano no en sentido metafórico, pues ambos son orgullosos hijos del latín).

Traducir, traducción, traductor, tales son las palabras que atraviesan pues la esencia de *Cantos de piedra*, y por ello se me ocurre enfatizar la importancia de este oficio poco valorado, tan invisible como necesario. En el sentido que todos conocemos, yo no sé traducir, pero en un sentido lato soy, somos todos, permanentes traductores de conductas, de gestos, de imágenes, de palabras. Gracias a esta certeza, sé que no puedo saber si la traducción de los poemas es perfecta dentro de su inevitable imperfección, pero también sé que gracias a que soy traductor del español al español puedo gozar ahora de una serie de poemas que gracias a los petroglifos ha sido escrita y traducida para mí, para nosotros.

La traducción poética es, nos recuerda David Lagmanovich, “una tarea infinita (...) una tarea que algunos consideran imposible”, pero pese a ello, el mismo crítico argentino ha valorado la importancia de este trabajo generalmente ignorado, vilipendiado a veces, pero siempre indispensable para enlazar culturas. Si ignorar otra lengua equivale a ignorar lo que ella nos comunica, en ese silencio, como afirma Reyes, “comienza a escucharse la voz del libro”, la voz del traductor, y esa voz a veces la tenemos a la mano y es bilingüe, como en *Cantos de piedra*, gracias a la traducción.

De esa forma desfilan aquí, para conocimiento y tal vez gusto de los lectores franceses que tengan acceso a estos poemas, autores mexicanos que de otra forma todavía permanecerían mudos en el idioma de Voltaire (Gilberto Prado, Saúl Rosales, Édgar Valencia, Mario Bojórquez, Raúl Renán, Daniel Maldonado, Mónica Mansour, Luigi Amara, Eduardo Langagne y Álvaro Solís). Asimismo, tenemos a la vista textos que nos hace oír, trasladada al español, la voz de algunos escritores franceses poco conocidos en México (PAULE Brindeau, Hélène Cadou, Arlette Chaumorcel, Jean L'Anselme, Jean Le Boël, José Le Moigne, Hervé Leroy, Jean-Paul Mestas, Jean Orizet, Lionel Ray) referida a las inscripciones de San Rafael.

La suma de estas virtudes hace de *Cantos de piedra* un logro que, me atrevo a pensar, puede ser el primer puente editorial de un proyecto que busque la permanente vinculación artística entre Francia y La Laguna. Este primer paso es entonces, sin duda, ascendente. Felicito a la plenaria de la Alianza Francesa de Torreón y muy especialmente a su talentoso director, amigo ya en trance de partir a Francia. Que otros libros los unan a nosotros.

Cantos de piedra, varios autores, Alianza Francesa de Torreón, Torreón, 2005, 73 pp. Con grabados en las camisas de Maruca Belden, Alonso de Alba y José Valdez Perezgasga (de este último es la "camisa" del libro que encabeza a la presente reseña).

Acequias

Universidad Iberoamericana TORREÓN

Una publicación del
Centro de Difusión
Editorial de la
Universidad
Iberoamericana
Torreón



uia
TORREÓN

Calzada Iberoamericana 2255 C.P. 27010 Torreón, Coah., México
Teléfono (871) 7 29 11 35 - Acequias@lag.uia.mx

acequias@lag.uia.mx

Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:

<http://sitio.lag.uia.mx/publico/servicios/archivohistorico/archivo1/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO JAE

COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

- 1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 2.- Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819).** Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 7.- Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII.** Sergio Antonio Corona Páez \$ 35.00